

Tungurahua: un año después

Índice

Presentación	5
Fernando Carrión Director FLACSO Sede Ecuador	
Introducción	7
Giovanni Rusciani Corresponsal Echo Ecuador	
TUNGURAHUA...	9
Reactivación y vigilancia intensiva del volcán Tungurahua - Ecuador: perspectivas y objetivos	11
P. Mothes, H. Yepes, M. Ruiz, C. Molina, P. Ramón y M. Hall*	
Reseña de las intervenciones en apoyo a los evacuados y afectados por la reactivación del volcán Tungurahua, Ecuador	22
Plan global de ayuda humanitaria para los evacuados, damnificados y afectados por la erupción del volcán Tungurahua financiado por la oficina de ayuda humanitaria de la Unión Europea (ECHO)	27
UN AÑO DESPUÉS	31
• ¿Cómo estar preparados para una nueva emergencia? • ¿Cómo mejorar la eficacia de los proyectos en marcha?	
Seminario “Tungurahua, un año después”	32
Inauguración	
Instituto Geofísico de la Escuela Politécnica Nacional	40
Ing. Patricio Ramón	
Relación sobre las necesidades psicológicas de las comunidades evacuadas en Tungurahua y Chimborazo	45
Paola Garosio, Psicóloga	
Defensa Civil Tungurahua	49
Coronel Mauro Rodríguez	

Defesa Civil Chimborazo	51
Coronel Marcelo Villagómez	
Ministerio de Agricultura y Ganadería	55
Ing. Hernán Torres	
Dirección Provincial de Educación de Tungurahua	
Lic. Jorge Mancero	58
Testimonio de habitantes de las zonas afectadas	59
RESEÑA DE PROYECTOS DE AYUDA HUMANITARIA FINANCIADA POR ECHO	67
Actividades desarrolladas en la provincia de Chimborazo	68
Proyecto COOPI/ECHO/ECU/210/2000/1002	
Resultados y proyecciones de la ejecución del proyecto de ayuda humanitaria con financiamiento ECHO, por parte de CRIC, COOPI y FUNDEAL	73
La reactivación económica como alternativa a la asistencia humanitaria	77
Una experiencia de la Cruz Roja Alemana	
Ayuda emergente de la Unión Europea en la Provincia de Tungurahua	82
Soc. Lino Rampon	
La sericultura y actividades artesanales ligadas a ella en beneficio de la población en la Provincia del Chimborazo	86
Ing. Sandra Soria Rea	
FORO	88

Relación sobre las necesidades psicológicas de las comunidades evacuadas en Tungurahua y Chimborazo

Paola Garosio, Psicóloga, proyecto
COOPI/CRIC/ECHO/ECU/210/2000/01002



Al final de un trabajo de evaluación de las eventuales necesidades psicológicas que pudieran afectar a las comunidades evacuadas por la emergencia del volcán Tungurahua ya desde hace un año, se han evidenciadas tres situaciones diferentes:

- 1) Familias que han sido evacuadas de zonas rurales y han sido trasladadas a zonas urbanas. Estas personas no han podido regresar a sus hogares y propiedades y mantienen esta misma aspiración.
- 2) Familias que han sido evacuadas desde zonas rurales hacia zonas suburbanas. En la mayoría de los casos ellas ya han

regresado, por lo menos para dormir, en sus casas, a pesar de encontrarse en la necesidad de retornar a los CEREP o a la ciudad para garantizar fuentes de sustentación familiar.

- 3) Familias que han sido evacuadas desde zonas rurales o suburbanas y han sido trasladadas a zonas suburbanas o urbanas mas no tienen la intención de regresar a sus propiedades originarias, por el contrario, tendrían la intención de radicarse en los nuevos lugares.

Los elementos comunes a todas las situaciones de las comunidades visitadas consisten fundamentalmente en un radical cambio en el estilo de vida: de la independencia (ante todo económica, pero también en cuanto libertad de los estereotipos sociales, de clichés comportamentales -por ejemplo, las reglas de convivencia en las habitaciones-) a la dependencia; de una vida comunitaria basada en la solidaridad y la unidad con los vecinos y la familia ampliada (padres, hijos, tíos, abuelos) a una vida fundamentalmente de pareja; del trabajo familiar al individual.

Se percibe un fuerte sentimiento de pérdida (en particular económica: de hecho es experiencia común el haber perdido la casa, los terrenos y los animales) y la ira en contra de las autoridades que, por la obligación de la evacuación, han obli-

gado también a las personas a deshacerse de sus pertenencias deprisa y sin ninguna planificación: todo eso ha producido la depreciación de las mercaderías y una especulación impropia.

Se verifica, en general, la disgregación y desaparición de los núcleos familiares: mujer y marido, acostumbrados a trabajar y pasar el tiempo juntos, con los hijos, se encuentran en la necesidad de buscar trabajo ambos, en ocupaciones diferentes y se separan; los jóvenes adultos han emigrado al extranjero – más común entre las mujeres – o a otras regiones del país – típico de los varones; las personas mayores han regresado a las casas nativas porque no han sabido adaptarse al cambio ambiental y de costumbres; cuando se ha visto la necesidad de mantener a los hijos más jóvenes en las instituciones educativas, ellos han dejado la casa de los padres para quedarse en aquellas de otros familiares (hermanas, tías, etc.).

Otro elemento distintivo es la sensación de miedo e inseguridad de la integridad física de las personas (debido especialmente a la falta de conocimiento del contexto social – la ciudad – o al permanecer frente a una real situación de peligro – cerca del volcán).

Si consideramos las diferentes realidades, los cambios hacia ambientes muy diferentes de los de procedencia (ciudad vs campo) vemos que se ha producido una reducción interesante en el proceso de adaptación. Así es que en lo que caracteriza a las comunidades de este primer grupo es importante el cambio de modelos de comportamiento cultural: por ejemplo ‘ir a trabajar’ (coger el autobús y llegar al lugar de trabajo) contra el salir y tener el trabajo en casa; antes se vivía en

casa propia (con las comodidades, la libertad y las condiciones de la privacidad que se consideran adecuadas) mientras ahora hay la obligación de adecuarse a lo que se encuentra (cuartos pequeños, compartidos entre 5, 6 y hasta 10 miembros); cambiaron también los hábitos alimenticios; pierden el elevado aporte protéico de los granos y legumbres (además de las grasas animales - leche, queso, manteca) sustituidos por carbohidratos.

Se confirma un marcado sentimiento de ‘pérdida’: no solo desde el punto de vista económico, sino también desde la perspectiva de la comunidad, de la familia. La mayoría de las personas entrevistadas subraya como una consecuencia importante: la completa dependencia de los escasos recursos económicos. En el campo, las personas estaban acostumbradas a empeñar por lo menos doce horas diarias en sus ocupaciones cotidianas, ahora la falta de oportunidades de trabajo les obliga a estar muchas horas en completa inactividad, produciéndose un fuerte sentimiento de ‘inutilidad’ y ‘depresión’ generalizados.

Además, falta el sentimiento de solidaridad, del compartir comunitario entre el vecindario en que se insertaron. Finalmente, se evidencia la falta de seguridad en la ciudad como temor para la integridad física de las personas (que en consecuencia se encierran en las casas).

Mientras que el caso de la transferencia no ha constituido un sustancial cambio con respecto al tipo de ambiente (los alrededores de la ciudad), el estilo de vida de las personas refleja bastante el de procedencia.

Se evidencian dos situaciones: de una parte, las familias que ya han regresado a

sus casas por lo menos para pasar la noche (muchas veces esto ha sido debido al hecho de que ya era imposible continuar sosteniendo los gastos de una posada en la ciudad); del otro, estamos hablando de las comunidades que, frente a una pérdida definitiva de sus pertenencias, se han establecido en la periferia ciudadana manteniendo la vida comunitaria por cuanto las familias se hallan ubicadas unas cerca de las otras y allí piensan radicarse.

En ambos casos, de todas formas, estando sus tierras muchas veces en zonas inutilizadas e improductivas por obra de la ceniza y del material volcánico, necesitan garantizar el sustento familiar en la ciudad (o en los CEREPs).

En las comunidades que pertenecen a este grupo, se puede observar un estado de indigencia importante: característica distintiva parece ser la extrema pobreza.

La situación en que se encuentran lleva a una elevado nivel de inestabilidad, inseguridad y precariedad. Particularmente para quienes viven sobre sus terrenos, persiste el miedo al peligro de cómo salvarse en caso de emergencia (el volcán es una presencia todavía inquietante).

No hay planificación ni organización de las actividades productivas (ni se siembra ni se prepara la tierra) por miedo a volver a perderlo todo otra vez.

Como no todas las familias han regresado a sus casas, la gente enfrenta grandes desplazamientos para encontrar a los miembros de sus comunidades de origen. Sin embargo, en vez que gratificarles, eso les hace más evidente el sentido de su situación: pobreza, precariedad, inseguridad (en el presente y en el futuro), pocas perspectivas, soledad.

Se evidencia una preocupación por las personas mayores que no han resistido al cambio y no han sabido adaptarse al nuevo ambiente: casi la mayoría ha regresado a zonas altamente peligrosas y sobreviven de la caridad pública.

En particular, en lo que se refiere a la población anciana, los problemas más evidentes han sido el sentimiento de soledad y de inutilidad en personas acostumbradas desde siempre a ser independientes y que ahora no consiguen oportunidades de trabajo que satisfagan sus necesidades. Además se subraya la lejanía (muchas veces por primera vez en la vida) de los propios hijos. Ha sido referido un fenómeno interesante: antes los hijos, también los que vivían lejos, iban al campo donde sus padres para abastecerse de los insumos vegetales necesarios (hortalizas, legumbres, granos) mientras que ahora los padres dependen de sus hijos para sobrevivir.

Se respira una pesada atmósfera de desesperación (en el sentido de falta de esperanza hacia el futuro).

Finalmente, un discurso diferente se evidencia en las situaciones del tercer tipo, es decir, de quienes no tienen más la intención de regresar a sus tierras.

Se trata, en específico, de las comunidades de artesanos y pequeños comerciantes que han transferido sus actividades laborales a la nueva ciudad y que cuando no han podido restablecer la especificidad productiva, han convertido sus recursos en otra más o menos similar (por ejemplo de la producción de melcocha a la transformación de la caña; del artesanado de tejido a lo de balsa).

En este último caso, las familias se han transferido a la ciudad, mas no han cambiados sus hábitos de vida (son familias que no tenían terrenos y sus casas proporcionaban también el ámbito de trabajo familiar), lo que sí ha cambiado es que se ha bajado el nivel de calidad de vida.

Asegurando la actividad laboral en la nueva ciudad y manteniendo los contactos en aquella originaria (en la que sobrevive cierto turismo y demanda de productos), la mayoría no piensa regresar a sus viviendas hasta que el peligro no sea completamente controlado y a lo mejor piensan adquirir una casa en Ambato, para dar seguimiento a los estudios de los hijos que consideran de mejor calidad.

Situación de los más jóvenes



Niños:

Además de la falta de seguridad, que obliga a la restricción en las casas bajo las reglas de los dueños de casa (contra la libertad completa de que gozaban en el campo), los niños tienen todavía dificultad en conseguir amigos: en las escuelas persiste cierto tipo de discriminación (al parecer ligada a los escasos recursos económicos: hay nuevas materias que requieren más insumos y útiles) y se de-

nuncia una especie de incompetencia escolar (sobre todo en lo que se refiere a las nuevas materias).

Marcada denuncia de la falta de infraestructuras: los más chiquitos no pueden acceder a la guardería por ser demasiado lejos de las casas. La población infantil en edad escolar en muchos casos no ha querido dejar las escuelas donde empezaron a estudiar; está atendiendo la escuela campesina que se ha mudado a la ciudad, utilizando los locales de otras escuelas. Esto produjo en el tiempo molestos episodios de desalojamiento cuando la escuela huésped no se encontraba más en las condiciones de garantizar tales locales.

En particular, en las comunidades que han sufrido un cambio sustancial del propio estilo de vida se evidencia un cambio de conducta (más agresividad); mayor timidez, susceptibilidad y temor, posiblemente debido a la falta de seguridad y a la carencia en la responsabilidad de los padres (mucho más ausentes de las casas); la disgregación familiar ha llevado a una negativización de las figuras de referencia; la convivencia con la pareja de mayores determina también que los niños se involucran en sus problemas, llevando todo eso a la desatención escolar, al incumplimiento de las tareas escolares, a una disponibilidad reducida del estudiante por problemas ajenos (hasta la falta de aseo).

Más marcadas son las situaciones de malestar social entre los adolescentes.

Afectan las nuevas amistades (fuera del control de los padres), las distracciones y los hábitos negativos de la ciudad (juegos electrónicos, billares, consumo de licor, etc.).